

# LA UNIDAD CRISTIANA Y TÚ



BE UNITED  
IN CHRIST

# LA UNIDAD CRISTIANA Y TÚ

Copyright © 2020 por Be United in Christ Outreach Ministry

Todos los derechos reservados. No se puede reproducir ninguna parte de esta publicación,

distribuir, o transmitir en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, excepto en el caso de breves citas incluidas en exámenes críticos y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

ISBN 978-1-944971-22-9

A menos que se indique otra cosa, las citas de las Escrituras están tomadas de Nueva Biblia de las Américas™ NBLA™ Copyright © 2005 por The Lockman Foundation Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Énfasis agregado por los autores.

Impreso en los Estados Unidos de América.

**Por favor, visite [BeUnitedinChrist.com](http://BeUnitedinChrist.com)  
para otros recursos basados en la Biblia.**



# CONTENIDO

Prólogo .....	5
Introducción: Un llamado a la unidad cristiana .....	9

## **Estableciendo el fundamento de nuestra unidad**

Capítulo 1: Amor .....	25
Capítulo 2: Gracia .....	33
Capítulo 3: Paz .....	39
Capítulo 4: Humildad .....	45
Capítulo 5: Contentamiento .....	51
Capítulo 6: Santidad .....	57
Capítulo 7: Compasión .....	63
Capítulo 8: Verdad .....	69
Capítulo 9: Gozo .....	75
Capítulo 10: Esperanza .....	81

## **Expresando nuestra unidad**

Capítulo 11: Congregarse .....	87
Capítulo 12: Saludar .....	91
Capítulo 13: Aceptar .....	95
Capítulo 14: Escuchar .....	101
Capítulo 15: Hablar .....	107
Capítulo 16: Enseñar .....	111
Capítulo 17: Someterse .....	115
Capítulo 18: Cantar .....	119
Capítulo 19: Servir .....	123
Capítulo 20: Orar .....	127

## **Fortaleciendo nuestra unidad**

Capítulo 21: Gracia .....	133
Capítulo 22: Verdad .....	139
Capítulo 23: Paciencia .....	143
Capítulo 24: Gratitud .....	147
Capítulo 25: Amabilidad .....	151
Capítulo 26: Valor .....	155
Capítulo 27: Honor .....	159
Capítulo 28: Misericordia .....	165
Capítulo 29: Generosidad .....	169
Capítulo 30: Hospitalidad .....	175

## **Preservando nuestra unidad**

Capítulo 31: Animar .....	181
Capítulo 32: Restringirse .....	185
Capítulo 33: Amonestar .....	191
Capítulo 34: Confesar .....	197
Capítulo 35: Arrepentirse .....	203
Capítulo 36: Perdonar .....	209
Capítulo 37: Reconciliar .....	215
Capítulo 38: Regocijarse .....	221
Capítulo 39: Perseverar .....	225
Capítulo 40: Vivir en amorosa unidad .....	231
Conclusión .....	235
Apéndice: Mandatos de unos a otros .....	239
Recursos que cambian la vida .....	243



# PRÓLOGO

Antes de ser traicionado y arrestado, el Señor Jesucristo pasó una tarde solemne con Sus discípulos. En esas pocas horas, Jesús introdujo un nuevo pacto (Lc 22:20) junto con un nuevo mandamiento (Jn 13:34-35). Considera la conexión. Jesús entregó un nuevo mandamiento para Su familia del nuevo pacto. ¿Cuál era? «**Un mandamiento nuevo les doy: “que se amen los unos a los otros”**»; que como Yo los he amado, así también se amen los unos a los otros. En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros».

Jesús repitió el mandamiento dos veces en Juan 15. Esta repetición subrayó Su urgencia. Horas antes de Su muerte sacrificial por nosotros, nuestro Señor instó a Sus seguidores a amarse los unos a los otros. Se supone que este amor mutuo sacrificial es evidente entre todos los que están verdaderamente en Cristo. **La marca de identificación de los creyentes en Jesucristo debe ser el amor mutuo y sacrificial que Él modeló y ordenó.**

El ministerio Be United in Christ Outreach Ministry existe para enseñar y promover la unidad entre los cristianos, de acuerdo con la Palabra de Dios, con el fin de producir un cambio en el cuerpo de Cristo. Este libro, *La unidad cristiana y tú*, procura exactamente eso. Ofrecemos una biblioteca de recursos para ayudarte a aprender lo que la Biblia realmente dice sobre la unidad cristiana. En este libro nos centramos en una cuestión específica: ¿qué dice la Biblia que hagas diferente, ahora mismo, hoy, para vivir en amorosa unidad con tus hermanos y hermanas en Cristo?

Estamos llamados a amar a nuestra familia cristiana de una manera especial. Gálatas 6:10 dice: «Así que entonces, hagamos bien a todos según tengamos oportunidad, y **especialmente a los de la familia de la fe**». Nuestra obligación con los hermanos y hermanas en Cristo es mayor que nuestra obligación con los demás. Cuando Jesús describió el futuro juicio de las ovejas y las cabras en Mateo 25, dijo que el Rey juzgará utilizando los siguientes criterios: «En verdad les digo que en cuanto lo hicieron a uno de estos hermanos Míos, aun a los más pequeños, a Mí lo hicieron» (v. 40). Nuestro Salvador y Señor, Jesucristo, nos llama a amarnos mejor que la mejor familia terrenal que jamás haya existido.

Si bien existen muchos libros que tratan de explicar cómo los cristianos deben relacionarse con el mundo, nuestra preocupación en este libro es cómo los cristianos deben relacionarse entre sí. Aunque puede haber aplicaciones a cómo nos relacionamos con el mundo, la unidad y el amor mutuo que queremos fomentar no puede existir con los no creyentes. **Solo aquellos que están en Cristo pueden amarse de esta manera.** De hecho, en Juan 17:21, Jesús conecta la unidad de Sus seguidores con el evangelio: «Para que todos sean uno. Como Tú, oh Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste».

En las próximas páginas exploraremos cuarenta cambios en nuestras actitudes y acciones que las Escrituras dicen que debemos hacer para honrar el llamado de Dios a la unidad basada en el amor en la iglesia. Si eso suena abrumador, ánimo. Primero, la santificación (el proceso de crecer para ser más como Jesús) es un proceso. Todos los que se convierten de verdad, los verdaderos creyentes, están comprometidos en un proceso similar. Aprendemos más sobre la vida a la que Jesús nos llama, y luego aplicamos ese aprendizaje a nuestras vidas. **Estas cuarenta presentaciones te proporcionarán cuarenta oportunidades para crecer.**

Segundo, si estás en Cristo, tienes el Espíritu Santo en ti, permitiéndote obedecer los mandatos de Jesús. Jesús no dejó a Sus discípulos indefensos después de Su muerte, sepultura, resurrección y ascensión, sino que les envió el Espíritu Santo para que les ayudara (Jn 14:15, 26; 15:26; 16:7). Y nos da el mismo Espíritu para que sea nuestro ayudador también.

Una vez que hayas aprendido y aplicado lo que la Biblia realmente dice sobre vivir en amorosa unidad con tus compañeros creyentes, te invitamos a dar un paso crucial más con nosotros: compartir lo que has aprendido con otros creyentes. Así es como el verdadero cambio de comportamiento llega al cuerpo de Cristo. Nuestra oración por ti mientras lees este libro es que seas transformado por las verdades de las Escrituras.





INTRODUCCIÓN



**UN LLAMADO A LA  
UNIDAD CRISTIANA**

---

Cuando surgió una disputa entre Sus discípulos sobre quién era el mayor, Jesús habló inmediatamente y con firmeza (Lc 22:24-27). No permitió que esto se acumulara y se prolongara. Después de identificar gentilmente que el problema era su orgullo, los llamó a algo mejor. Aunque era lamentablemente común en el mundo, el orgullo no pertenecía a sus almas y relaciones. Una postura de humildad y afán de servir debería definir a los seguidores de Cristo, no la competencia y la sed de poder. La humildad desactiva las disputas, y el servicio mutuo ayuda a prevenirlas. Jesús enseñó a Sus seguidores a vivir en unidad.

Todo cristiano siente el deseo de unidad. En realidad nos gusta. Aunque todavía pecamos unos contra otros y hacemos cosas que rompen nuestras relaciones, realmente queremos la paz con Dios y con los demás. El deseo de armonía nos marca. La presencia de la lucha en nuestras relaciones nos aflige. Nos lamentamos con el salmista: «Yo amo la paz, pero cuando hablo, ellos están por la guerra» (Sal 120:7). Desde el momento en que el Espíritu entra en nuestros corazones y nos une a Jesucristo, anhelamos un día en que la paz absoluta llene la creación.

Podríamos preguntarnos: «¿Por qué es esto así?». Cuando vemos peleas, guerras y relaciones rotas, nos lamentamos. No nos regocijamos. Ni nos reímos. Ni decimos, «Oh bueno, no es gran cosa». Al contrario, sentimos que algo está terriblemente mal. **El tema de la unidad se remonta a la gran historia de la Biblia, y sienta las bases para el resto del libro.**

## Nuestro Dios está unido

El llamado a la unidad no surge de nuestros gustos personales sino de la misma naturaleza de Dios. La unidad que nos invita a disfrutar es una unidad que existe primero en Él. Solo hay un Dios, no muchos dioses (Dt 6:4). La Escritura lo dice a menudo. La nación de Israel no debía tener otros dioses ante Dios (Ex 20:3) porque no había otros dioses que poner ante Él. Cualquier otro dios era falso, un producto de la imaginación, una mentira del diablo. Nuestro Dios es uno, y no hay otros dioses aparte de Él.

Al mismo tiempo, el único Dios existe en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mt 28:19-20). Existen, piensan y actúan como personas distintas (Mr 1:9-11). Se relacionan entre Sí, hablan el uno del otro y cumplen diferentes roles. Las Escrituras presentan a cada uno como Dios y mostrando las características de la divinidad. Cualquier pecado contra una de las personas de la trinidad es un pecado contra Dios. Cada uno de ellos recibe adoración por derecho propio.

Nuestro Dios, que es tres personas, existe en perfecta unidad. Se aman y se honran mutuamente como iguales. El Padre ama al Hijo perfectamente. El Hijo obedece perfectamente al Padre. El Espíritu sirve y se relaciona con el Padre y el Hijo con un amor santo.

Su unidad es una unidad perfecta. Nunca se rompe. Ciertamente nunca falla.

## Dios nos creó para vivir en unidad

Dios nos creó a Su imagen (Gn 1:27). Esto significa que los hombres y mujeres se parecen a Dios y se relacionan con Dios para representarlo, lo que debería dictar la forma en que se relacionan con Dios, con el mundo y entre sí. Así que fuimos creados para relacionarnos de forma amorosa con los demás. Fuimos creados para estar orientados a los demás, para sacrificarnos y estar dispuestos a servir desinteresadamente. No era bueno para Adán estar solo. Necesitaba a alguien de su naturaleza para amar (Gn 2:18). Adán debía vivir en sumisión a Dios, con autoridad sobre la creación y en paz con las demás criaturas.

La unidad perfecta existía en el jardín del Edén. No sabemos cuánto tiempo duró, solo que una profunda y completa paz llenó el cosmos. Adán y Eva se relacionaron entre sí con un amor y una gratitud inmaculados. El león y el cordero vivían juntos sin miedo o derramamiento de sangre. Nada gemía. Nada se lamentaba. Todo se regocijaba.

La santidad preservaba esta unidad. La santa obediencia de Adán formó su actitud y sus obras. Nada era profanado. Nada era impuro. Nada era falso. La belleza espiritual, el esplendor físico y la unidad santa marcaron todo en el mundo creado. Adán y Eva podían comer libremente de todos los árboles del huerto excepto de uno (Gn 2:16-17). Si permanecían fieles a su Creador en este único mandamiento, entonces continuarían en pacífica comunión con Dios, con los demás y con toda la creación para siempre.

## Nuestro pecado nos separó de Dios

Pero no sería así. En la providencia de Dios, una oscura y engañosa criatura entró en escena en Génesis 3. Un ángel caído, al que la Biblia se refiere como Satanás o el diablo, usó la forma de una serpiente para acercarse a Adán y Eva en el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gn 3:1; Ap 12:9). Cuestionó abiertamente el mandato de Dios, desafió la seriedad de la rebelión contra Dios, y los animó a comer en una acción desafiante, y así ser como Dios sin Dios. Eva comió y luego dio el fruto a Adán, quien también comió. Inmediatamente supieron que algo estaba mal.

Shalom estaba destrozado. Esta profunda y completa paz que llenaba la creación se fue como la niebla ante el viento. Se sintieron avergonzados. No podían soportar estar desnudos, así que se cubrieron. Cuando escucharon el sonido del Señor Dios caminando cerca, huyeron y se escondieron detrás de un árbol. La comodidad y la facilidad en sus relaciones dieron paso al terror y la incomodidad. El alegre compañerismo dio paso a la miserable alienación. Su iniquidad los separó de su Dios (Is 59:2). **Creó un gran**

**abismo entre ellos y su Dios.** Y no pudieron hacer nada para recuperarse.

La alienación de Dios se convirtió en su principal y terrible problema. Se hicieron enemigos de Dios. Se alejaron de su fuente de alegría, paz y vida. Tristemente, heredamos su condición. En relación con Dios, venimos al mundo «alejados y... de ánimo hostil, ocupados en malas obras» (Col 1:21). Y esta lejanía de Dios creó todo tipo de conflictos entre las personas. Varias generaciones después de Adán y Eva, el Señor miró desde el cielo y vio que «la maldad de los hombres en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era solo hacer siempre el mal... Y estaba la tierra llena de violencia» (Gn 6:5, 11).

Lo sabemos personalmente. El mundo en el que vivimos está lleno de rencor, conflictos y guerras. Nuestras familias, por muy cariñosas que sean, todavía tienen conflictos y disputas. Nuestras comunidades, nuestros lugares de trabajo, e incluso nuestras iglesias sufren los efectos de nuestro pecado. Y el terrible resultado es la desunión.

### **Dios envió a Su Hijo para reconciliarnos**

Nada en nosotros podría satisfacer la ira de Dios y hacernos justos delante de Él. El abismo creado por nuestro pecado no podía cerrarse con nuestros esfuerzos. «Todos nosotros somos como el inmundo, y como trapo de inmundicia todas nuestras obras justas» (Is 64:6). Dios es el único que puede reconciliarnos con Él.

Dios planeó todo el tiempo el llevar a cabo esta reconciliación. Desde la fundación del mundo, quiso enviar a Su Hijo al mundo para reconciliar a Su pueblo. «Porque Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. En amor» (Ef 1:4). A través de Jesucristo pudimos ser adoptados en la familia de Dios, perdonados de nuestros pecados, y hechos aceptables ante Sus ojos. El evangelio es la buena noticia que explica cómo Dios lo hizo posible. Las Escrituras lo llaman la palabra de la reconciliación.

Y todo esto procede de Dios, quien nos reconcilió con Él mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; es decir, que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo con Él mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación (2 Co 5:18-19).

En lugar de contar nuestro pecado contra nosotros, Dios Padre puso nuestros pecados en Jesús, quien pagó la pena por el juicio que merecíamos en la cruz. Tres días después, se levantó de la tumba, demostrando Su justicia. La muerte no tenía ningún derecho sobre Él. La muerte no podía retenerlo. Aún más asombroso, el Padre

acreditó la justicia de Jesucristo en nuestra cuenta, poniéndonos en buenos términos con Dios. Con nuestros pecados perdonados y la justicia de Jesús acreditada a nuestro favor, Dios nos reconciliaba sin comprometer Su santidad. Y todos aquellos que miran a Cristo como su Señor y Salvador son reconciliados con Dios.

Al mismo tiempo, todos los que miran a Cristo como Señor y Salvador son reconciliados unos con otros. Fuera de Cristo estamos «excluidos de la ciudadanía de Israel, extraños a los pactos de la promesa, sin tener esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2:12). El judío y el gentil estaban distanciados el uno del otro. De hecho, todos estábamos alejados unos de otros, porque la única fuente de la verdadera unidad es Dios mismo, y Él era un extraño para nosotros. «Pero ahora en Cristo Jesús, ustedes, que en otro tiempo estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo» (Ef 2:13). En Cristo nos acercamos a Dios y, como resultado, nos acercamos los unos a los otros.

**A través de Jesucristo pudimos ser adoptados en la familia de Dios, perdonados de nuestros pecados, y hechos aceptables ante Sus ojos.**

«Porque Él mismo es nuestra paz, y de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación» (Ef 2:14). El judío y el gentil reciben la paz con Dios y la paz entre ellos en la cruz de Jesucristo. Todas las leyes y los mandamientos que una vez nos separaron han sido eliminados. Cuando Jesús murió, el velo del templo, que separaba el lugar santísimo del resto del templo, se rasgó en dos. Los tres Evangelios sinópticos lo registran (Mt 27:51; Mr 15:38; Lc 23:45). Esto proporciona una imagen dramática de lo que Jesús logró. Proporcionó una manera para que gente pecadora se acercara a Dios. Proporcionó una forma para que gente pecadora se uniera entre sí como el nuevo pueblo de Dios. «Y para reconciliar con Dios a los dos en un cuerpo por medio de la cruz, habiendo dado muerte en ella a la enemistad» (Ef 2:16).

Por supuesto, no nos unimos en nuestro propio poder a Jesucristo o a los demás. El Espíritu Santo hace el trabajo. «Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres. A todos se nos dio a beber del mismo Espíritu» (1 Co 12:13). Nacemos de nuevo por el Espíritu (Jn 3:8). Nos convertimos en parte del cuerpo de Cristo cuando el Espíritu nos une a Cristo, que es nuestra Cabeza (Col 1:18), y por lo tanto unos a otros.

### **Ahora estamos llamados a amarnos unos a otros**

Somos salvos por la gracia de Dios en Cristo para poder vivir como nuevas criaturas por la gracia de Dios en Cristo, y esta novedad de vida será más evidente en nuestras relaciones con otros cristianos.

**La Palabra de Dios habla clara y sabiamente de cómo los cristianos deben relacionarse entre sí.** De hecho, la frase «unos a otros» aparece más de cuarenta veces a lo largo del Nuevo Testamento (nuevo pacto) en pasajes donde Dios nos dice cómo tratar a nuestros hermanos cristianos en el cuerpo de Cristo (véase el Apéndice: Los mandamientos de unos a otros en la página 239 para a un cuadro fácil de usar).

Este es un punto crítico que es fácil de pasar por alto. Muchas personas que leen el Nuevo Testamento solo lo leen y lo aplican a la forma en que interactúan con todo el mundo. Sin embargo, en realidad muchas veces el contexto de un pasaje en particular revela que las instrucciones se aplican a la forma en que los cristianos se relacionan entre sí. Sin duda hay porciones del Nuevo Testamento que dan a los cristianos una guía sobre cómo vivir en el mundo, hay aún más que instruyen a los cristianos en su amor por los demás. Pablo escribió a Timoteo para que «sepas cómo debe conducirse uno en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios vivo, columna y sostén de la verdad» (1 Tim 3:15).

En el resumen que hace Be United in Christ Outreach Ministry del libro clásico de John Owen *Amor, paz en la iglesia y unidad*, escribimos:

Los cristianos persiguen la unidad entre ellos, pero solo de acuerdo con las directrices de Dios. Los cristianos persiguen la paz con todos tanto como depende de ellos. Y los cristianos aman a todos, pero los aman de manera diferente. Un cónyuge, por ejemplo, es amado de manera diferente que un vecino, y los incrédulos son amados de manera diferente a los creyentes. Owen define el amor como el deseo de que los seres queridos tengan todo lo bueno que les falta. Este deseo hace que el amante haga todo lo que pueda para proporcionar a la persona que ama el bien que le falta (p. 6).

Si bien el Señor nos dice cómo relacionarnos con los no creyentes, dedica atención específica a ayudarnos a saber cómo relacionarnos con otros cristianos. En la víspera de Su crucifixión, Jesús dijo a Sus discípulos: «Un mandamiento nuevo les doy: “que se amen los unos a los otros”; que como Yo los he amado, así también se amen los unos a los otros» (Jn 13:34). La Escritura registra que esa noche ordenó tres veces más a los discípulos que se amaran.

Las epístolas del Nuevo Testamento desarrollan este tema del amor. Pablo escribe: «No deban a nadie nada, sino el amarse unos a otros. Porque el que ama a su prójimo, ha cumplido la ley» (Rom 13:8). Y Pedro escribe: «Puesto que en obediencia a la verdad ustedes han purificado sus almas para un amor sincero de hermanos, ámense unos a otros entrañablemente, de corazón puro» (1 Pe 1:22). Luego recordamos las palabras del apóstol Juan: «Porque este es el mensaje que ustedes han oído desde el principio: que nos amemos unos a otros» (1 Jn 3:11). Los apóstoles que escribieron las epístolas entendieron exactamente lo que Jesús

quiso decir con lo que dijo: ¡Los cristianos deben amarse los unos a los otros!

El mandato de amarse unos a otros se cumple a través de otros mandatos relacionados en las Escrituras. Nos amamos al soportarnos pacientemente los unos a los otros, perdonándonos y sirviéndonos los unos a los otros, y con otras numerosas expresiones de afecto piadoso.

### *Estar en paz unos con otros*

Jesús nos dice: «La sal es buena; pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué la sazonarán? Tengan sal en ustedes y estén en paz los unos con los otros» (Mr 9:50). Los cristianos se aman unos a otros viviendo en paz con los demás. Una gran parte del testimonio que damos de Cristo al mundo es que nos negamos a luchar y a pelear como lo hace el mundo. Buscamos la paz en nuestras relaciones con otros creyentes. Por Cristo vivimos en paz unos con otros.

De hecho, nuestra paz con los demás es parte de la manera en que nos distinguimos en el mundo. La paz debería sazonar nuestras vidas como cristianos. Si la sal pierde su sabor, se vuelve inútil para los que cocinan con ella. Podríamos también tirarla a la calle. De manera similar, si perdemos nuestra paz con los demás y nos hundimos en disputas sin sentido, entonces no podemos dar testimonio del poder del evangelio y la obra de Jesucristo. El Padre ya no puede usarnos para llevar a otros a Cristo, porque no somos diferentes al mundo.

Debemos preguntarnos: «¿Estoy en paz con otros cristianos, especialmente con los de mi iglesia y comunidad local?». Dependiendo de nuestra respuesta, debemos tomar medidas para establecer la paz en nuestras relaciones o rogar para mantenerla. «La sabiduría de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, condescendiente, llena de misericordia y de buenos frutos, sin vacilación, sin hipocresía. Y la semilla cuyo fruto es la justicia se siembra en paz por aquellos que hacen la paz» (Stg 3:17-18).

### *Recibirnos el uno al otro*

Nuestra paz debería extenderse a todos los cristianos, no solo a unos pocos elegidos. Debemos recibirnos «los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios» (Rom 15:7, RV60). No podemos elegir en base a gustos y preferencias personales. Si alguien es un verdadero creyente, entonces debemos aceptarlo como un hermano o hermana en Cristo, sin excepciones. Así como el Señor nos recibió a través de la gracia, nos recibimos unos a otros en la comunión sobre la base de Su gracia.

**Toda clase de discordia entra en el cuerpo de Cristo cuando no hacemos lo**

**que la Escritura ordena en este sentido.** Si nos rechazamos los unos a los otros en base al estatus social, la posición económica, el color de piel o la educación, entonces desobedecemos el mandato del Señor y dividimos Su Iglesia. Aunque los diferentes puntos de vista teológicos en ciertas áreas de la fe y la práctica cristiana pueden llevar a crear diferentes iglesias locales y denominaciones, debemos seguir amándonos y aceptándonos como compañeros santos en la casa de Dios.

No aceptamos falsos maestros (2 Co 6:14-18). No aceptamos a los llamados cristianos que caminan en inmoralidad sin arrepentimiento y sin deseos de cambiar (1 Co 5:4-5). No aceptamos a las personas que causan divisiones y se niegan a prestar atención a la corrección (Rom 16:17; Tit 3:9-11). Sin embargo, aceptamos a todos aquellos que invocan el nombre de Jesucristo con sinceridad y verdad. Aceptamos a los que se apartan de sus pecados y profesan fe en Jesucristo. Estamos unidos a ellos en Cristo, y por eso los recibimos con alegría.

### *Soportarnos unos a otros*

Nuestra unidad en el cuerpo de Cristo depende de que nos soportemos unos a otros por varias razones y de varias maneras. En primer lugar, la Escritura nos dice que nos soportemos unos a otros en amor. «Les ruego que ustedes vivan de una manera digna de la vocación con que han sido llamados. Que vivan con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose unos a otros en amor» (Ef 4:1-2).

No toma mucho tiempo en nuestras relaciones para que alguien haga algo desagradable. En algún momento, todos podemos volvernos poco amables. Por lo tanto, el mandato de soportarnos mutuamente en amor es esencial para la unidad y la armonía de la Iglesia. El amor nos enseña a pasar por alto las faltas. Y a veces, el amor nos enseña a confrontarnos con suavidad. Pero el amor nos enseña a perseverar siempre.

En segundo lugar, las Escrituras nos dicen que nos ayudemos unos a otros con las abrumadoras cargas de la vida. «Lleven los unos las cargas de los otros, y cumplan así la ley de Cristo» (Gal 6:2). A veces en nuestras vidas estamos trabajando bajo cargas demasiado grandes para soportarlas. Cuando un ser querido muere. Cuando perdemos un trabajo. Cuando nuestro cónyuge lucha contra el cáncer y nuestros hijos necesitan cuidados constantes. Cuando un pecado en particular nos agobia. En tales casos, llevamos las cargas del otro. Mediante la oración. Mediante el servicio diario. Mediante la lectura de las Escrituras juntos. Mediante la expresión de palabras reconfortantes a los demás. Soportarse mutuamente de esta manera no solo expresa nuestra unidad en Cristo, sino que la fortalece aún más.



### *Perdonarnos el uno al otro*

**Una y otra vez el Señor nos ordena que nos perdonemos unos a otros, así como Él nos ha perdonado en Jesucristo.** A veces Él llama a esto un acto de amabilidad: «Sean más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándose unos a otros, así como también Dios los perdonó en Cristo» (Ef 4:32). En otras ocasiones lo llama un acto de soportarse mutuamente: «Entonces, ustedes como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de tierna compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia; soportándose unos a otros y perdonándose unos a otros, si alguien tiene queja contra otro. Como Cristo los perdonó, así también háganlo ustedes» (Col 3:12-13).

En cada caso, la motivación y la razón del perdón es clara: «así como también Dios los perdonó en Cristo» y «como Cristo los perdonó, así también háganlo ustedes». Nos perdonamos unos a otros porque Dios nos perdona generosamente mediante Jesucristo. La razón por la que Dios puede perdonar nuestros pecados es que Jesús murió para pagarlos. Su cuerpo fue roto en nuestro lugar. Su sangre fue derramada como nuestra expiación. Jesús satisfizo la ira de Dios en nuestro lugar, para que todos los que confiesan sus pecados y se vuelven a Jesucristo puedan ser lavados y hechos nuevos.

Una vez que somos limpiados y hechos nuevos, entramos en nuestras relaciones con una nueva capacidad de perdón. Con el evangelio claramente en nuestras mentes, perdonamos las ofensas que nuestros hermanos y hermanas cometen contra nosotros. Cuando se arrepienten y buscan nuestro perdón, lo ofrecemos de buena gana, alegremente y con entusiasmo, tal como Cristo nos perdonó. Incluso si esto sucede setenta veces siete, seguimos perdonando (Mt 18:21-22), porque así es como el Padre nos perdona constantemente.

### *Honrarnos los unos a los otros*

Nuestra unidad también depende de nuestra voluntad de valorarnos y honrarnos mutuamente. La Escritura dice: «No hagan nada por egoísmo o por vanagloria, sino que con actitud humilde cada uno de ustedes considere al otro como más importante que a sí mismo, no buscando cada uno sus propios intereses, sino más bien los intereses de los demás» (Flp 2:3-4). Así como Cristo se rebajó para nuestra salvación, así nosotros nos humillamos honrando a nuestros compañeros cristianos.

Cuando miramos a otros creyentes, deberíamos ver a un hermano o hermana que es valioso para nosotros. En lugar de mirarlos con desprecio, lo honramos. No importa de dónde vengamos o cómo se vean, los tratamos como a la realeza, ya que son miembros de una familia real, la familia del Rey, el Señor Jesucristo. Así como el Señor nos valora y cuida de nosotros, nosotros nos valoramos y cuidamos los unos a los otros.

Parte de nuestra honra por el otro se muestra en cuidar los intereses del otro. El egoísmo nos obliga a cuidar de nosotros mismos. El Espíritu de Cristo nos obliga a cuidar de los demás desinteresadamente. La ley del mundo es el egocentrismo y el servicio propio. La ley del cielo es el amor. Es el sacrificio propio. Es una orientación hacia el bien de los demás. Esto no significa que sirvamos todos los deseos y anhelos de nuestros hermanos cristianos. Significa que busquemos su mejor interés, su verdadero bien espiritual de acuerdo con la Palabra de Dios.

### *Servirnos unos a otros*

La familia de Cristo también se distingue del mundo por su servicio **mutuo**. «Porque ustedes, hermanos, a libertad fueron llamados; solo que no usen la libertad como pretexto para la carne, sino sírvanse por amor los unos a los otros» (Gal 5:13). Aunque la carne pecaminosa prefiere ser servida, el Espíritu nos impulsa a servir a los demás. Jesús vivió en el servicio a Su Padre y a Su pueblo. «Porque ni aun el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos» (Mr 10:45).

Dejar Su trono en el cielo para hacerse semejante a los hombres fue un acto de puro servicio. La forma que tomó Jesús fue la de un siervo (Flp 2:7). La noche de Su arresto, Jesús lavó los pies de los discípulos (Jn 13:2-5). Al hacerlo, dejó un ejemplo para nosotros. Dijo a Sus discípulos: «Pues si Yo, el Señor y el Maestro, les lavé los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros» (Jn 13:14). Aunque esto no siempre significa un lavado de pies literal en la iglesia, ciertamente significa que busquemos varias maneras de servirnos unos a otros por amor. No importa lo bajo que nos haga sentir, esto es lo que significa seguir los pasos de Jesucristo.

Imagina cómo nuestra unidad se fortalece a través de tales actitudes y acciones. **Cuando nos servimos unos a otros con acción de gracias y gozo, nuestro amor por los demás crece aún más.** Nuestro aprecio por el otro aumenta. Nuestro estímulo en Cristo abunda. El Espíritu nos ayuda. La Palabra nos fortalece. Una gran parte de nuestro conflicto en la iglesia es el resultado de orgullo y arrogancia fuera de control. A través del servicio mutuo, nuestro orgullo es puesto a muerte y la humildad crece y reina en nuestros corazones. Los resentimientos se disuelven y las frustraciones pueden ser olvidadas. Una cultura de servicio mutuo solo puede fortalecer nuestra unidad con el paso del tiempo.

### *Orar unos por otros*

En Juan 17 Jesús ora por Sus discípulos y por todos los que creerían en Su nombre. El apóstol Pablo no dejó de orar por sus compañeros cristianos y por las iglesias (Ef 1:16; Col 1:9). La Escritura nos llama a confesar los pecados para que podamos orar unos por

otros. «Por tanto, confiéscense sus pecados unos a otros, y oren unos por otros para que sean sanados. La oración eficaz del justo puede lograr mucho» (Stg 5:16). Si pretendemos seguir a Jesucristo, debemos orar continuamente por nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

No podemos pensar en nada mejor para nuestros hermanos y hermanas en Cristo que el Señor los bendiga y los guarde, y por eso oramos con este fin. Queremos que el Señor perdone sus pecados, y por eso intercedemos por ellos en oración. Queremos que el Señor les dé gracia y paz, y por eso se lo pedimos. Ya que queremos que nuestros hermanos y hermanas crezcan en su conocimiento de Cristo, que conozcan Su amor por ellos, que capten las profundidades de Su gracia hacia ellos, oramos para que el Espíritu de Dios implante estos mismos dones en sus corazones.

Cuando oramos sinceramente por el otro, encontramos poco espacio para el resentimiento y la hostilidad. Cuando buscamos el verdadero bien de nuestros hermanos y hermanas a través de la oración, encontramos que nuestros corazones serán más suaves con ellos en la conversación. La oración nos hace más humildes. La oración reorganiza nuestras prioridades. Nos centra en Dios y en Su voluntad para los demás. Nos aleja de la preocupación por nuestros intereses y exigencias personales. Ella clama: «Tu voluntad, Padre, no la mía». Anhela más del cielo en la tierra, no más de la tierra en el cielo. Nos unifica, porque une nuestras pasiones y deseos a la voluntad de Dios. Provoca el amor por el otro, porque se basa en el amor que el Espíritu tiene por cada miembro de la casa de Dios.

## **Al amarnos los unos a los otros, vivimos en unidad**

**Si bien, la obra de reconciliación de Cristo es la fuente de la unidad que disfrutamos con otros creyentes, se nos ordena preservarla.** Como con un regalo recibido de un rey generoso, rogamos manejarlo con cuidado, disfrutándolo a lo largo del camino, sabiendo que responderemos por cómo lo tratamos. Con una actitud humilde nos esforzamos «por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef 4:3). Noten en las palabras de Pablo cómo nuestra unidad es «del Espíritu». La unidad no se crea con nuestros esfuerzos. Más bien, como cristianos nos damos cuenta de que el Espíritu Santo nos hizo uno y por lo tanto nos esforzamos por vivir como uno.

Por esta razón evitamos las divisiones pecaminosas. El apóstol Pablo exhortó a Tito: «evita controversias necias, genealogías, contiendas y discusiones acerca de la ley, porque son sin provecho y sin valor» (Tit 3:9). Dijo algo muy parecido a Timoteo (2 Tim 2:23). En otro momento Pablo dijo a los corintios:

Les ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos se pongan de acuerdo, y que no haya divisiones entre ustedes, sino que estén

enteramente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer (1 Co 1:10).

El apóstol no solo pide unidad, sino que la implora. Nos ruega que pensemos juntos los pensamientos de Dios, de acuerdo con Su Palabra, para llegar a las mismas conclusiones sobre lo correcto e incorrecto. ¿Cómo es esto posible sin que cada uno de nosotros esté constantemente en la Palabra de Dios? Seguramente no podemos aferrarnos al mismo evangelio y hablar de la misma verdad sin asirnos de «la fe que de una vez para siempre fue entregada a los santos» (Jud 1:3). En las Escrituras, entendidas mediante el Espíritu Santo, poseemos «la mente de Cristo» (1 Co 2:16), que es nuestra única esperanza de estar «enteramente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer».

Al mismo tiempo evitamos a los que causan divisiones. Se nos dice: «vigilen a los que causan disensiones y tropiezos contra las enseñanzas que ustedes aprendieron, y que se aparten de ellos» (Rom 16:17).

Ahora no podemos pensar, ni siquiera por un momento, que preservamos la unidad del Espíritu simplemente a través de nuestra habilidad y esfuerzo humano. Dependemos enteramente de la gracia de Dios. Poco después de que Pablo nos dice que nos esforcemos «por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef 4:3), dice: «Pero a cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo» (4:7). No destaca el hecho de que cada uno de nosotros nació con ciertos talentos. Tampoco señala nuestra maravillosa educación o nuestra inteligencia innata. Recibir la gracia según la medida del don de Cristo es la clave.

## Un testimonio para la gloria de Dios

Como nuestra unidad depende de la gracia de Dios en Jesucristo, nuestra unidad testimonia la gloria de esa gracia. Si preservamos nuestra unidad mediante el poder humano, entonces nuestra unidad testificaría del poder humano. Si nuestra hermandad continuara basada en el azar o la suerte, entonces no testificaría a nadie en particular. El Señor diseñó nuestra unidad para que permaneciera como resultado de Su gracia y misericordia permanentes para mostrar Su gloria.

Como ya leímos, «ahora en Cristo Jesús, ustedes, que en otro tiempo estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo» (Ef 2:13), lo que significa que nuestra unidad da testimonio del poder de la sangre de Cristo. En efecto, Cristo «es nuestra paz, y de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación» (Ef 2:14). Así que en cierto modo, nuestra paz testimonia de Su capacidad para derribar los muros de separación. Más aún, «poniendo fin a la enemistad en Su carne, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas» (Ef 2:15).

El hecho de que la ley ya no nos separa rinde homenaje no a nuestra capacidad de escapar de ella, sino al poder de Cristo para cumplirla. Jesús creó en Sí mismo «de los dos (judío y gentil) un nuevo hombre, estableciendo así la paz, y para reconciliar con Dios a los dos en un cuerpo por medio de la cruz» (Ef 2:15-16 ). Nuestra unidad pone en evidencia el poder de la cruz.

Podríamos llevar la discusión un poco más allá. Nuestra unidad es una forma en que el mundo ve la divinidad de Jesucristo. Cuando Jesús oró al Padre por Sus seguidores «**para que todos sean uno**. Como Tú, oh Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros», reveló la razón definitiva: «**para que el mundo crea que Tú me enviaste**» (Jn 17:21). Este es un pensamiento en el que se debe reflexionar. La unidad de los que Jesús reconcilia es una prueba vital de que Jesús vino del cielo, que es el Hijo de Dios y que el Padre lo envió al mundo para reconciliar a los pecadores. **El mundo puede saber que somos seguidores de Cristo por nuestro amor (Jn 13:35), y pueden saber que Jesús es enviado por el Padre por nuestra unidad.**

## Haciéndolo personal

El objetivo de este libro es hacer que estas verdades sean personales para ti. Muchas disputas permanecen en el cuerpo de Cristo, y a veces somos la causa de ellas. El Señor puede usar este libro para ayudarte a cambiar. La división continúa en la iglesia, y hemos sido equipados para hacer algo al respecto. Las palabras en estas páginas están escritas para ayudarte a actuar sabiamente en la preservación de la unidad en tus relaciones inmediatas. **Este libro no es sobre la unidad cristiana y todos los demás, sino sobre la unidad cristiana y tú.**

Cada uno de nosotros tiene obstáculos personales que superar para vivir en paz con nuestros compañeros creyentes. Dependerá de ti pensar cuidadosamente mientras lees para identificar cuáles podrían ser esos obstáculos y cómo superarlos. Para ti puede ser orgullo o ansiedad, impaciencia o egoísmo, falta de arrepentimiento, falta de perdón, miedo al rechazo, miedo a la desaprobación o deseo de aislamiento. El Señor puede querer equiparte con una mayor humildad, un arrepentimiento más profundo, un perdón más completo y un amor valiente por los demás. Dicho de otra manera, no solo lees las palabras. Interactúa. Reflexiona. Ora. Toma notas. Tómallo en serio. Cambia tu actitud y tu comportamiento.

Al final debemos ver nuestra necesidad de la gracia de Dios en Cristo para ayudarnos a superar cualquier obstáculo que enfrentemos. Después de todo, Jesucristo es la motivación y el modelo de nuestra humildad. La Palabra de Dios trabaja en nosotros para causar el cambio (1 Tes 2:13). El evangelio es el mensaje de nuestra paz y el Espíritu Santo es la fuente de ella. La abnegación y el servicio desinteresado de Jesús es el

ejemplo para nosotros y Su Espíritu nos da el poder para seguirlo. La paciencia es un fruto del Espíritu. El arrepentimiento también viene de la obra del Espíritu. Oramos para que seas desafiado en cada vuelta de estas páginas mientras aprendes lo que la unidad cristiana significa para ti.

## CAPÍTULO UNO



# AMOR

Un mandamiento nuevo les doy: que **se amen los unos a los otros**; que como Yo los he amado, así también **se amen los unos a los otros.**

*~ Juan 13:34*

Quizás la mayor piedra angular de la unidad cristiana es el amor genuino. «Soportándose unos a otros en amor» es una forma de «preservar la unidad del Espíritu» (Ef 4:2-3). Dios es amor, y te manda a amar. **Dios te manda a amar porque el amor expresa lo que Él es.** Él existe en perfecta armonía como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aunque Dios nos hizo para amar a los demás perfectamente, el pecado corrompió nuestra naturaleza, haciéndonos terriblemente egoístas y poco amorosos. Jesucristo murió y resucitó para reconciliarnos con Dios y poder amar y vivir en unidad. Si el amor ha de echar profundas raíces en tu vida, entonces el Señor necesita echar profundas raíces en tu corazón.

No amamos a Dios y a los demás tanto como creemos, lo cual es una razón por la que luchamos tanto con la unidad. Sobrevaloramos nuestro amor. Esto siempre ha sido un problema para los seguidores de Jesucristo. En la noche de Su traición y arresto, Jesús predijo que Sus discípulos se alejarían. Ellos huirían. El pastor sería abatido y las ovejas se dispersarían (Mt 26:31).

El apóstol Pedro no estaba de acuerdo: «Aunque todos se aparten por causa de Ti, yo nunca me apartaré» (Mt 26:33). Los otros discípulos podrían irse, pensó Pedro, pero él estaba hecho de algo más fuerte. Dado que Pedro vio la debilidad de los otros discípulos, fácilmente aceptó su desertión. No podía imaginar la suya propia.

¿Qué hizo a Pedro tan seguro de sí mismo? Podríamos decir que sobreestimó su amor por Jesucristo. Presumía de amar mucho al Señor, cuando en realidad lo amaba poco. Prometió seguir a Jesús hasta la muerte, pero se derrumbaría ante la más mínima amenaza. Pedro no estaba dispuesto a perderlo todo por Cristo.

Una sirvienta expuso la débil lealtad de Pedro. Cuando ella identificó a Pedro como uno de los discípulos de Cristo, él lo negó rotundamente (Mt 26:70; Jn 18:17). Cuando se le presionó de nuevo, Pedro negó incluso conocer a Jesús (Mt 26:71-72). En una tercera ocasión pronunció maldiciones para negar enfáticamente conocer al Señor (Mt 26:73-74). Una vez que Pedro se dio cuenta de lo que había sucedido, salió y lloró amargamente (Mt 26:75).

De varias maneras, todos hemos estado allí. En un momento en el que deberíamos mantenernos firmes en nuestra devoción a Cristo, vacilamos. Cuando se nos invita a recibir burlas y humillaciones como seguidores de Jesucristo, permanecemos en silencio o nos retiramos. Llega el momento de compartir el evangelio de Jesucristo y llamar a la gente al arrepentimiento, y nos acobardamos. A veces solo hace falta un niño pequeño para exponer lo poco que amamos a Jesús y lo mucho que nos amamos a nosotros mismos.



O quizás llegue el momento de amar a nuestros compañeros cristianos de manera costosa. ¿Nos sacrificamos con gusto o nos retiramos? Esa es la prueba, ¿no es así?, cuando el amor nos cuesta algo. ¿Cuando el amor invade nuestro horario, nuestras cuentas bancarias, nuestra reputación, nuestra seguridad, nuestras comodidades? Sí, es ahí cuando vemos la profundidad de nuestra devoción. Lo más probable es que todos podamos compartir historias sobre momentos en los que negamos a nuestro Señor frente a un amor costoso.

Sin embargo, Él es misericordioso. A pesar de nuestro débil amor, Él permanece firme. Si le pertenecemos, entonces nos persigue, restaura y fortalece, como lo hizo con Pedro. Después de Su resurrección, Jesús no dejó que Pedro vagara avergonzado. Más bien, Jesús buscó a Pedro y restauró su relación. Sin embargo, tres veces en el proceso, el Señor cuestionó el amor de Pedro (Jn 21:15-19). Esto apenó a Pedro. Le trajo a la mente las negaciones. Jesús quiso enfatizar un punto: «Pedro, no me amas tanto como crees, pero te enseñaré y te ayudaré. Ve a cuidar de mi rebaño».

Para que Pedro creciera en amor a Cristo y a los demás, necesitaba darse cuenta primero de lo poco que amaba realmente. Todos nosotros tenemos que empezar aquí. Como ya hemos dicho, **no amamos a Dios y a otros creyentes tanto como creemos**. La evidencia está en todas partes, y debemos aprender a enfrentarla.

## Tratando honestamente con la evidencia

Aceptar malas noticias no nos resulta fácil. Preferimos negar y minimizar. Sentarse en la sala de examen, mirar fijamente nuestras radiografías en la pared, y escuchar a un oncólogo dar el diagnóstico de cáncer mientras se señalan todos los tumores detectados en todo nuestro cuerpo es aleccionador y doloroso. Preferiríamos no oírlo. A veces leer la Biblia causa una reacción similar. Ella ve y atraviesa hasta el núcleo de lo que somos, nuestros pensamientos e intenciones (Heb 4:12). La imagen es a menudo bastante fea. Cuando ponemos la definición de amor de Dios junto a nuestras actitudes y acciones diarias, normalmente nos vemos terribles. No es un diagnóstico halagador.

Nosotros amamos porque Él nos amó primero. Si alguien dice: «Yo amo a Dios», pero aborrece a su hermano, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto. Y este mandamiento tenemos de Él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn 4:19-21).

¿Comprendemos lo que Juan está diciendo? Si tenemos alguna mala disposición hacia un hermano o hermana en Cristo, básicamente tenemos mala disposición hacia Dios. Si despreciamos a un hermano, entonces despreciamos a Dios. Si nos resentimos con una hermana, entonces nos resentimos con Dios. **Si no los amamos —amarlos de verdad— no amamos verdaderamente a Dios**. Así que cuando nos preguntan si amamos

a Dios o no, es prudente hacer una pausa antes de responder. Sabemos la respuesta *correcta*. Sabemos lo que los cristianos *deben* decir.

Tómate unos momentos para reflexionar sobre la pregunta: ¿Realmente amas a Dios? Considera con cuánto gozo guardas todos Sus mandamientos. Considera con cuánto fervor llevas las cargas de los demás. Considera cómo perfectamente sirves, animas y perdonas a los demás. Considera la pureza de tu adoración, la firmeza de tu integridad y tu inquebrantable fidelidad en todas tus relaciones. No hay palabras de enojo. No hay rencores. No hay dinero retenido equivocadamente de alguien que lo necesite. Ninguna buena acción ha quedado sin ser hecha. Nunca te regocijas de la injusticia, solo te regocijas en la verdad todo el tiempo. Siempre eres paciente y amable. Considera todo esto, y luego responde la pregunta una vez más: ¿realmente amas a Dios?

Si somos honestos, probablemente diremos, «Algo así». A veces amamos a Dios. O podríamos decir que amamos a Dios con un amor fugaz, malhumorado y frágil. Como Pedro y los otros discípulos, nuestro amor es inconstante. Es condicional. No amamos a Dios tanto como deberíamos; esto es evidente por el hecho de que no amamos a los demás como deberíamos. Si Jesús nos preguntara: «¿Me amas?», estaríamos en un mejor terreno si respondiéramos: «Un poco». Entonces podríamos decir: «Señor, por favor perdóname. Por favor, ayúdame a amarte más. Por favor, ayúdame a amar más a los demás».

Cuando se examina bajo los rayos X de las Escrituras, eso es lo que significa tratar honestamente con la evidencia. No significa que eludamos la vergüenza y evitemos a Dios. Significa que confesamos la verdad y confiamos en la gracia de Dios. Solo entonces estamos preparados para buscar el tratamiento que necesitamos del único que puede proporcionarlo (Mt 9:12).

## **Cristo cumple el mandato de amar**

La buena noticia del evangelio es que, aunque somos el problema, no somos la solución. Aunque estemos muriendo por el cáncer del pecado, hay alguien dispuesto y capaz de curarnos. El Gran Médico revela nuestra falta de amor, y luego provee los medios para que seamos perdonados y hechos nuevos. El firme amor de Dios en Cristo es la buena noticia para aquellos dispuestos a admitir su pecaminosa falta de amor.

El amor con el que el Padre nos ama es un amor inmenso. Envío a Su Hijo a morir en nuestro lugar. «Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5:8). Su muerte en nuestro lugar significa algo porque Cristo satisfizo la ley en nuestro lugar. Nuestro amor es terriblemente defectuoso, pero Su amor es impecable. Nuestro amor es deficiente. El Suyo es perfecto. En todas las formas en que fallamos en cumplir la ley del amor, Jesús la cumplió. En lugar de abolir la ley, Jesús la cumple (Mt 5:17).

Cumpliendo la ley del amor, Jesús pudo ofrecerse a Sí mismo en la cruz como un sacrificio perfecto por el pecado. Debido a Su justo amor, la muerte no pudo retenerlo. Su resurrección prueba que el Padre está perfectamente complacido con Él y que ha pagado la pena por nuestro pecado. Para aquellos que se alejan de su pecado y confían solo en Cristo para su salvación, el amor perfecto de Cristo es acreditado en su cuenta, como si su amor por Dios hubiera sido perfecto. Ese amor fiel de Dios en Cristo es la buena noticia para quienes están dispuestos a admitir su pecaminosa falta de amor.

En primer lugar, creer en el evangelio nos ayuda a tratar honestamente con la evidencia de nuestra pecaminosidad. Cada uno de nosotros entra al mundo con un corazón de egoísmo, de amor propio, encaprichamiento. Amamos pobremente, si es que lo hacemos. El evangelio nos dice que todos nuestros fracasos en amar a Dios y a los demás son perdonados en Jesucristo. La deuda de amor que debemos ha sido pagada en su totalidad. Entonces, ¿por qué fingir lo contrario? ¿Por qué estar a la defensiva y ser deshonestos sobre lo poco amoroso que podemos ser?

En segundo lugar, creer en el evangelio nos protege de esforzarnos por apaciguar la ira de Dios, como si pudiéramos amarlo lo suficiente para pagar por nuestras transgresiones y alcanzar Su estándar de santa perfección. La justicia propia convierte la vida cristiana en un viaje miserable. A donde quiera que vayamos, cada relación en la que entremos, cada situación que surja nos recordará que no amamos muy bien a Dios y a los demás. Si creemos que nuestra salvación depende de nuestra capacidad de amar, entonces nuestra conciencia nos atormentará constantemente.

Fallar en creer en el evangelio también convierte la vida cristiana en un viaje tóxico en lo que respecta a nuestras relaciones. Cuando las cosas vayan mal en las relaciones, no aceptaremos la responsabilidad. Siempre culparemos a los demás. Formularemos largas listas de reglas para otras personas y las juzgaremos de acuerdo a esas reglas mientras nos permitimos un desliz (Rom 14:13). No podremos recibir comentarios constructivos. La actitud defensiva se convertirá en nuestra forma de vida. El legalismo nos hace morder, devorar y consumirnos unos a otros (Gal 5:15).

Ese viaje tóxico en nuestras relaciones se convierte entonces en un viaje sin esperanza. Sin la gracia de Dios en Cristo, simplemente no podemos cambiar. Sin el evangelio, no podemos reconciliar verdaderamente nuestras relaciones. Nunca nada será mejor. El evangelio nos da la esperanza de ser capaces de amar a Dios y a los demás más profundamente. En la esperanza de que «todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu» (2 Co 3:18).

## Cristo nos da un nuevo corazón para amar

Mirando la desunión de la iglesia, podríamos pensar que creer en el evangelio de Jesucristo nos convierte en gente perezosa y sin amor. Nada está más lejos de la verdad. Cuando creemos en el evangelio, el Espíritu Santo nos da nuevos corazones para amar a Dios y a los demás de una manera totalmente nueva. «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, ahora han sido hechas nuevas» (2 Co 5:17).

La promesa del nuevo pacto incluye la promesa de un nuevo corazón, uno que tiene la ley de Dios escrita en él. El Señor habló a través de Jeremías: «Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, declara el Señor. Pondré Mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré. Entonces Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo» (Jer 31: 33). Toda la ley se resume en los mandamientos de amar a Dios, de amar al prójimo y de amarse los unos a los otros. Así que cuando el Señor dice que escribirá Su ley en nuestros corazones, está diciendo que nos dará nuevos corazones para amar.

El trabajo del Espíritu Santo es esencial para el cambio. El Espíritu nos lava del pecado, nos hace nacer de nuevo y nos une a Jesucristo (Jn 3:5-8; Tit 3:4-7). Cuando caminamos en el poder del Espíritu según la Palabra de Dios, damos «el fruto del Espíritu», que incluye el amor (Gal 5:22-23). No podemos preservar y disfrutar de la unidad en el cuerpo de Cristo sin amor, y no podemos dar el fruto del amor a menos que estemos llenos del Espíritu Santo.

Cada uno de nosotros debe preguntarse: «¿Nací de nuevo por el Espíritu de Dios a través de la fe en el evangelio de Jesucristo?». Y una vez que nos decidimos por una respuesta, podríamos preguntarnos: «¿Camino en el Espíritu y doy el fruto del Espíritu en mis relaciones, siendo la más grande de ellas el amor?». Esto marca la diferencia en nuestra búsqueda de la unidad.

## El amor es nuestra marca especial

Jesús dijo: «En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros». En otras palabras, **el amor por nuestros hermanos y hermanas en Cristo es la señal de nuestro nuevo nacimiento y la pertenencia a la familia de la fe**. El amor nos marca. Nos distingue como seguidores de Jesucristo. No es solo nuestro amor por la gente en general, sino por los hermanos cristianos en particular. La voluntad de sacrificarnos alegremente por el bien de nuestra familia espiritual nos distingue. Evidentemente el mundo no puede ni siquiera imitar este tipo de amor, o de lo contrario no sería algo peculiar de los seguidores de Jesucristo.

Parte de caminar de una manera digna de Cristo y estar llenos del Espíritu significa «soportándose unos a otros en amor, esforzándose por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef 4:2-3). El amor, entonces, requiere un esfuerzo decidido por mantener la paz y la unidad con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Al mismo tiempo, mantener esa paz y unidad depende de soportarse «unos a otros en amor». No puede haber unidad sin amor, y no puede haber amor sin luchar por la unidad.

Aquí es donde el evangelio de Jesucristo vuelve a demostrar ser más poderoso que todos los métodos del mundo. El amor de Dios en Cristo no solo nos salva, sino que nos obliga a vivir para Su gloria y para el bien de los demás. «Pues el amor de Cristo nos apremia, habiendo llegado a esta conclusión: que Uno murió por todos, y por consiguiente, todos murieron. Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co 5:14-15). Recordar la cruz de Cristo nos obliga a amar a los demás. La cruz nos recuerda que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos. No podemos vivir para nosotros mismos, sino que vivimos para el Señor Jesucristo.

En definitiva, el amor hace toda la diferencia en nuestras relaciones y comunidades. Dondequiera que el amor abunde, la unidad prosperará. Dondequiera que falte el amor, la unidad se marchitará. Si deseas la unidad en tus relaciones y la unidad en tu iglesia, entonces debes comprometerte con una vida de amor y la búsqueda constante del amor, dependiendo del poder del Espíritu Santo en cada paso del viaje.

## Áreas para enfocar el cambio de actitud y comportamiento

---

- Sé honesto en tu lucha por amar a Dios y a los demás, confíesalo y ruega al Señor que te ayude a amar a los demás como Él te ama a ti.
- Date cuenta de que Cristo murió por tu falta de amor y para darte un nuevo corazón para amar a Dios y a los demás. Como un hijo de Dios perdonado y amado, gozosamente esfuérsate por amar a tus hermanos y hermanas en Cristo.
- Aprecia la conexión entre el amor y la unidad. Comprométete a amar y servir a tus hermanos y hermanas en Cristo para promover la unidad en tus relaciones en el cuerpo de Cristo.